

factores importantísimos debieron haberse tenido en cuenta: la opinión interior y la opinión exterior. Para mayor claridad, dividamos ésto en dos capítulos:

Opinión interior.—Admirablemente trabajada por una campaña periodística que llegó a modelarla a su antojo, la opinión criolla, o si se quiere, el quince por ciento de la población que sabe leer y escribir, no hubiera elevado la más leve protesta contra cualquier acto que reiniciase el suspirado sistema porfiriano; pues por mucho que no se desease el regreso del viejo dictador, todos los criollos, asesorados por casi todos los extranjeros, preconizaban el empleo del "puño de hierro" como el único susceptible de devolver al país "la tranquilidad perdida." El pueril "emballement" del blanco por Madero, el día de su entrada triunfal en la capital de la República, fué tan artificial como su pasión por don Porfirio, tan falso como su corto felixismo. El metropolitano trata a sus grandes hombres como a sus bailarinas o a sus toreros. No tiene opiniones, sino fantasías. No tiene apóstoles, sino favoritos. En cuanto vió que aquel gran triunfador, aquel gran chaparrito que se había enfrentado a don Porfirio, se dejaba babear por los periódicos, tomó por debilidad lo que era firmeza de principios, le perdió el respeto, le volvió la espalda. Aquel pueblo vano y frívolo aclamó a Santa-Anna, mientras lo vió capataz fuerte y fiero. Adoró a Maximiliano porque el gallardo archiduque tenía una hermosa barba rubia; pero el día que inspirado por su amor al pueblo, el Emperador atravesó las calles de Plateros vestido con el traje nacional, aquella idolatría tornóse en desprecio. Cuestión de raza. Cuando Margarita de Saboya, paseando por los arrabales de Madrid, tendió su noble seno a un niño pobre, la vieja aristocracia española hizo una mueca de asco y desde aquel momento, la dinastía de los Aosta pasó a la historia. El negro, viejo esclavo, ama lo que brilla, como aquel sudanés aventajado, ministro huertero de la traición "evolucionista," ama sus fantasiosos chalecos verdes. predilección que no cubre

mejor su respetable ombligo, pero sí descubre su negro origen. El esclavo ama lo que oprime, lo que domina, lo que tiraniza, lo que deslumbra, lo que enmudece, lo que ciega, porque su rebajamiento le permite medirse; como el Marqués de Sada, para estimarse, se degradaba en veinticinco posiciones. (1)

No fué empresa difícil arrancar al sencillo, al sonriente, al leibniziano Madero de aquellos corazones enamorados de Gaona y la Conesa. El "polko" de Santa-Anna, el "decente" de Lerdo, el "roto" de don Porfirio renegó del "predicador" de la "gloriosa" como había renegado, sucesivamente, de sus seis toreros, de sus doce novias y de sus veinte bailarinas.

Pero no sucedía otro tanto con el pueblo. El pueblo, como no sabía leer, seguía con pasmosa ignorancia, con enervante testarudez, adorando al hombre que le había

(1) Jamás un hombre sencillo, natural, convencerá al vulgo. Un hombre sentado frente a una gran mesa, un gran tintero de cristal y con una pluma de oro en la diestra os recibe, vulgo, en una pieza lujosamente amueblada. Con ademán altanero os invita a sentaros y os escucha casi sin pronunciar palabra. ¿Aquel hombre no habla porque es discreto? o ¿porque es sereno? o ¿porque "piensa" mucho? Quizá, pero lo mismo puede hacer el más perfecto idiota.

Mientras Madero se batía en el Norte, los criollos del Sur llevaban su retrato en la cartera y hablaban de grandes proezas militares, que no existieron, con voz misteriosa, reverente; su caridad, su valor, su noble gesto a lo Nicolás Bravo salvando la vida a Navarro, perdonando a Orozco, corrían de boca en boca. Pero llegó a la Capital. El chaparrito era realmente de pequeña estatura. En vez de un habla ronca y pausada, un andar fiero y majestuoso, un ademán lento y estudiado, aquel nuevo presidente tenía una voz como la de cualquiera que no bebe, no fuma y se ha acostumbrado a tratar a los humildes con benevolencia. Hablaba como todo el mundo, andaba como todo el mundo, se movía como todo el mundo. Aquel hombre, aquel vencedor, no traía una espada flameante, no lanzaba decretos destructores, no perseguía a sus enemigos sino que se sentaba a su mesa y los invitaba a ayudarlo. No marchaba sobre un rastro de sangre, sino que sembraba de flores su camino....

¿Hay en el corazón humano—dice Ruskin—un inextinguible instinto, el amor del poder, que justamente dirigido, mantiene toda la majestad de la ley y de la vida y mal dirigido las destruye." La verdadera majestad radica en la conciencia. Una conciencia pura infunde respeto aun a los más depravados y perversos. Pero hay hombres cuyo ideal se encuentra a tal punto abatido que se sienten más inclinados a admirar el corazón de un asesino que la conciencia de un santo, con tal que el primero se les presente bajo un ropaje espectral y misterioso.

revelado sus derechos, que le había dado a probar, como a un niño un caramelo, el dulce sabor de la libertad. Después de cien años de con-nacionalidad, de vida común aunque adversa, el criollo había besado al indio. Los que conoceis las grutas de Cacahuamilpa, habreis observado la obra de los siglos en aquella labor paciente, ininterrumpida, la labor inmensa, infinita de la gota de agua. De lo alto del colosal palacio, la gota perenne destila continuamente de la bóveda, formando una concreción calcarea que se llama estalactita y que se desarrolla en caprichosas figuras, ensanchándose, robusteciéndose, prolongándose, agigantándose. Con precisión de péndulo, la estalactita deja caer, negligentemente, una gota sobre el suelo. Esta gota se convierte en piedra y se llama estalagmita. A medida que la invasora estalactita se fortalece en las alturas, el pequeño cristal, adherido a la roca del suelo, asoma su punta en precisa dirección a la madre de arriba. Y la gota sigue cayendo, transformándose en piedra, en hermoso cristal de mil fantásticos dibujos. El cristal de arriba mira al cristal de abajo; el cristal de abajo contempla al cristal de arriba. Alternativamente, una gota y un suspiro, otra gota y otro suspiro. "Fac e spera". El trabajo y la esperanza. Juntos viven los dos cristales, juntos crecen, al través de los siglos, bajo el mismo techo. La fecha de su nacimiento se ha borrado, se ha perdido en la noche de los tiempos. Si volveis a verlos dentro de cien años, observareis que no han crecido, entre las dos, veinte pulgadas. Pero la obra prosigue, incontenible como el tiempo, y al cabo de cuarenta siglos, de cien siglos, aquellas columnas, creciendo la una hácia arriba, tendiéndose la otra hácia abajo, llegan a unirse en solemne beso y la gota que se tornó en piedra, la piedra que se transformó en columna, se convertirá, desde este momento, en bloque...

En las cavernas europeas, como en las de Bellamar, en Cuba, se vigila a los turistas sospechosos y se prohíbe a todos la entrada con bastón. Los actos vandálicos son castigados severamente. No así en Cacahuamilpa, donde

se puede entrar con bastón y con espada, como otros también entran con paraguas. Un solo golpe puede destruir el hilo de cristal aún frágil, aquella unión consagrada por la secular labor de la gota de agua. Pero nó importa: ¿Qué es la vida de aquel turista imbécil junto a la eterna obra de los siglos? Un instante después, la gota continuará fatalmente su obra de unión imperecedera, eterna....

La siguiente gota de agua se llamó Carranza. Y vinieron otras que se llamaron Obregón, Villa, Angeles, Gonzalez.... Los torpes guías de aquel vandálico turista debieron haber tenido en cuenta la moral de esta cavernosa historia. La puerta de la caverna está franca, pero cuidado con quedarse dentro, el bloque crece y puede aplastarlos!

Pero dejemos el hilo de la gota de agua y volvamos al hilo de nuestro argumento. El General Díaz pudo mantenerse en el poder porque su tiranía se ejerció sutilmente, aisladamente, no se inauguró por un acto brutal y odioso, no abofeteó *en masa* a la Nación Mexicana, porque el General Díaz no era un imbécil. Los asesinatos de febrero provocaron miedo en unos, vergüenza en otros, odio en todos. La pequeña minoría del quince por ciento, tan famosa en nuestras estadísticas de instrucción rudimentaria, aplaudió al matador Huerta como aplaudió al matador Gaona; pero un gran estremecimiento corrió por todo el cuerpo de la nación. El pueblo entero comprendió de instinto, que aquello nó era un simple recurso de guerra, sino una bofetada que se le aplicaba en pleno rostro. Por primera vez, se vió este extraño caso: mexicanos y extranjeros que huían del país horrorizados, sin haberse nunca, para nada, mezclado en política. Los unos por horror, por repugnancia: los otros porque veían venir terribles cosas. Y el tiempo les ha dado la razón. Simples espectadores, los voluntarios proscritos vieron más claro que aquellos ocho estadistas que contrafirmaron las sentencias de muerte. En México, combates terribles, conspiraciones, ejecuciones,

persecuciones. En el extranjero, maderistas, reyistas, felixistas, científicos, simples particulares sin partido alguno, comiendo el pan amargo del destierro, lamentándose de que el santo país que les dió la vida fuera el escenario de tanta infamia.... Y en el extranjero, un maderista no dá la mano a un huertista, porque sabe que aquella cuestión entre científicos y renovadores, que nunca les impidió fraternizar, es hoy una cuestión moral que los separa profundamente, una cuestión de "sentido moral" y no una cuestión de doctrina o de política. El General Huerta, que no era general sinó por la voluntad de la nación, el General Huerta había sido revestido por su jefe supremo de la autoridad necesaria para defender la voluntad del pueblo. En pleno campo de batalla, el General Huerta pactó con el enemigo en la embajada de una potencia extranjera. Con armas y bagages, el General Huerta se pasó al enemigo. El General Huerta asesinó al Presidente y al Vice-Presidente de la República. El General Huerta se puso en su lugar. Basta. Yo afirmo que el que apruebe esto, aunque sea un padre irreprochable, un marido modelo, un abogado que no acepta pleitos sucios, un médico que no prolonga voluntariamente las enfermedades, ni se vende a las cerveceras prescribiendo la abstinencia del vino; un comerciante que mide bien y paga el vencimiento; un católico que se confiesa; quien quiera que apruebe tales actos, que no tienen precedente en ningún país, que no están previstos en ningún código, aunque no beba, no fume, no robe, no estupre, es un pobre y miserable sér sin corazón, sin solvencia ni sentido moral. Entre el bandido practicante y el bandido pensante, no media más que una diferencia: el valor. El valor que pone de acuerdo la idea y el hecho. El que aprobó la obra de Huerta, si participó en ella es un bandido, y si nó un cobarde (1).

(1) Cuenta "La Discusión" de la Habana (17 mayo 1914) que Monseñor X, obispo de Z, hospedado en el Hotel América, en Nueva York, hizo algunas declaraciones a los repórters, de las cuales extracto las siguientes:

—Huerta quiere la guerra. Concluirá por provocarla sean los que sean



Bonaparte mató a Enghien porque éste conspiraba contra la expresa voluntad del pueblo: Enghien representaba la reacción contra el plebiscito. Pero de cualquiera manera y sin que ningún hombre honrado pueda aprobar el homicidio que no es legítima defensa, Bonaparte invocó la razón de estado; pero no traicionó a su superior, no asesinó a su jefe, pues antes habría roto su espada en mil pedazos o arrancándose del pecho su corazón de soldado. El precedente que los huertistas invocan no es sino una aberración más de sus conciencias enfermas. ¡Robert Macaire invocando a Napoleón! La historia tiembla... y allá en París, en un suntuoso hotel de los Campos Eliseos, un anciano general telegrafía

los medios a que tenga que acudir para lograrlo. — Todos los planes de los mediadores fracasarán, pues aunque Wilson quiere su éxito, Huerta tiene positivo interés en que fracasen. — En mi opinión, el presidente Wilson, al negarse a reconocer a Huerta, ha respondido a la aversión que le produce la inmensa responsabilidad de Huerta en el asesinato de Madero. Huerta jamás se ha defendido de la acusación de asesino que pesa sobre su cabeza y hasta los jefes que lo secundan lo tienen por culpable. Huerta incuestionablemente procedió peor que Judas: fué traidor y asesino. — Félix se ha hecho impopular en todos los partidos. Nadie lo quiere.

Y este manso pastor de almas, este ministro de Jesucristo, después de clasificar a Huerta "peor que Judas," concluye que "como tiene un gran valor personal, audacia suma" y otras cualidades de bandido: aunque *no es culto, casi siempre está beodo* y ha revelado algunas de las más *despreciables "triquiñuelas,"* estas mismas lo acreditan de una superior mentalidad; aunque gobierna "algo" arbitrariamente pero con "excelentes" resultados, Huerta es el único capaz de gobernar la República Mexicana.

Este ilustre, ilustrísimo huertista, no nos ilustra, no descubre nada a nadie cuando confiesa que su ídolo está lanzando a su país a la peor de las aventuras; pero olvida que cuando los cañones de la Ciudadela se disparaban contra los pacíficos habitantes de la Capital, se exigía la renuncia de Madero dizque para evitar esa misma intervención que hoy provoca Huerta después de haber sacrificado algunos millares de mexicanos. En aquel entonces, dizque se exigía la dimisión del elegido del pueblo; ahora se exige sólo el desagravio de la bandera americana, pero entonces esos señores opinaban que el gobierno legítimo debía ceder, "por patriotismo" a las imposiciones, no, en realidad, de una potencia extranjera, sino de la Traición. Del "patriotismo" de los traidores no había que hablar... et pour cause. Esto es lo único que su Señoría Ilustrísima viene a revelarnos ahora. Parodiemos a Madame Roland: Religión, patriotismo, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

a aquel sucesor que deshonra su sistema: "Deseo que el ejército mantenga su tradición de honor....!"

Madero había perdido su prestigio en el espíritu de las clases directoras. Si en lugar de estar formado por ocho vasallos u ocho cretinos, que tenían la traición metida en la sangre, el siniestro "Ministerio" hubiera estado constituido por hombres sensatos, conscientes de sus responsabilidades y celosos del restablecimiento de la paz que el país entero pedía a gritos; si el odio no hubiera ofuscado su razón hasta hacerlos perder el más poderoso instinto del hombre, el instinto de la conservación, habrían procedido de la siguiente manera:

- I. Decretar la incapacidad de Madero;
- II. Proclamar el Plan de San Luis;
- III. Libertar a todos los presos políticos;
- IV. Convocar inmediatamente a elecciones;
- V. Lanzar un manifiesto a la Nación proclamando la regeneración de la raza indígena.

Que Madero y sus amigos "personalistas" habrían hecho otra revolución, podía preverse; pero en último caso, el nuevo gobierno se habría conquistado una gran parte de los renovadores, legitimando la adhesión de Orozco, Aldape, de la Fuente, Caraveo y consortes e incluyendo a Vázquez Gómez, a Zapata y quizá a Carranza mismo; dando en una palabra, un golpe de muerte a los maderistas personalistas. En el exclusivo punto de vista de la moral pura, esto no habría sido más sincero ni menos infame; pero sí, seguramente, en lo relativo a la conservación de la paz y del poder, mucho más hábil. Si Huerta imitaba, caricaturizaba a Bonaparte en el mayor de sus errores, ¿por qué no seguir su ejemplo en sus aciertos? Bonaparte no combatió a la Revolución, sino que se puso a su cabeza. Bonaparte sabía que no se somete de golpe a un pueblo que acaba de conquistar sus libertades. Triste figura la de Madero y sus adictos en la frontera reclamando su puesto, con el plan roto en Ciudad Juárez y recogido por Huerta en el Palacio Na-

cional! Los ideales, los principios, los intereses generales están por encima de las más altas personalidades. El pueblo entero habría seguido al indio Huerta, al soldado Huerta, convertido en redentor del Indio.

Separar, divorciar a Madero de la Revolución, declarándole débil; aliar al ejército con la causa del pueblo, ¡qué golpe más hábil! Un soldado indio que dice a la nación india: "Soy de los tuyos. Los blancos te birlaron tu independencia en 1821, pues yo les birlo tu emancipación en 1913. En todas las legiones que he comandado, durante mi larga carrera militar, sólo he visto caras indias; como en toda la sangre derramada sólo he visto sangre india. Los que quedan de mis juanes, son todos indios." Y rodeándose de ministros indios, de generales indios, de gobernadores indios, aquel indio habría sido invencible!

Digo "invencible." ¿Quién hubiera podido oponérsele en semejantes condiciones? Félix habría conspirado de todos modos, pero contra generales nuevos e indios (un indio vale por diez criollos), asegurados todos sus parciales por estrecha vigilancia, ¿qué habría logrado el tembloroso héroe de la Ciudadela? Félix es el tipo del caudillo degenerado, un simple copiadore de autocracia, con toda la mentalidad de la estirpe, pero sin el carácter, que es la fuerza de acción. La mentalidad, sí: la mentalidad del caudillo mal intencionado, egoísta, comprometido con sus amigos hasta el pescuezo; el ambicioso que ha hecho del ideal y de la lucha un maravilloso trampolín para saltar sobre lo que su incapacidad no puede asumir; el pretendiente que nacido cerca del trono, criado en vagas esperanzas de dominación, copia la autocracia y adora su intransigencia, porque se ha acostumbrado a la idea de que aun inferior a cualquiera de los que encuentra todos los días, no puede, por derecho divino, resignarse a ser el igual de ninguno y perder mando, honores, todo, en bien de un pueblo, de una patria que deja de serlo desde el momento en que se ha

perdido la esperanza de someterla. Esta clase de hombres mira a su patria como a una concubina. (1.)

No podía temerse lo mismo de Madero. Madero no era un cacique ni un condotiero, sino un apóstol. Ungido por el pueblo, habría convocado a ese pueblo para pedirle la confirmación de su voluntad y satisfacer a su conciencia, a su conciencia cívica. Mas el pueblo, deslumbrado por el revolucionarismo intempestivo, pero probado, de su nuevo gobierno, lo habría dejado solo, y Madero, en pleno acuerdo con su conciencia, se habría retirado tranquilamente, satisfecho, en el fondo, del triunfo de sus ideas, seguro de su gloria y del juicio de la posteridad; pues no había agrupado a los hombres alrededor de su personalidad toda hecha de amor y sacrificio, sino alrededor de su idea. Medir a Madero como se mide a Félix, a Orozco, a Castro o a Zelaya, sería ignorar su psicología y por consecuencia caer en el más grosero de los errores.

En cuanto al Plan de San Luis, ¿qué tenía de irrealizable en un momento en que todo el mundo, acobardado por los cañonazos de la Década, transigía con todo por tener la paz? He aquí la única parte agraria del Plan de San Luis: "Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos, por acuerdo de la Secretaría de Fomento o por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a

(1) La megalomanía de estos engreídos, su ignorancia de la ley o su desprecio por los más elementales derechos humanos, los conduce a aterradoras incongruencias. Este individuo, que había proclamado "Paz y Justicia," no ejercía ningún cargo, ninguna autoridad legal o "de facto." He aquí su primer acto político: "Jefe Político.—Veracruz.—Sírvasse ordenar aprehensión de Serapio Rendón, Garmendía, Ernesto Madero y demás miembros familia Madero, poniéndolos rigurosamente incomunicados a mi disposición. Encarézcole inmediato cumplimiento de esta orden, dándome cuenta haberla recibido."
—Félix Díaz."

Como debut, no está mal. Ordenar la aprehensión de toda una familia! Esto recuerda a los capuletos. Pero, seguramente, tal documento es el primero en la sangrienta historia de México.

"sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujetos a revisión tales disposiciones y fallos y se exigirá a los que los adquirieron de un modo tan inmoral o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos. Sólo en caso de que esos terrenos hayan pasado a tercera persona antes de la promulgación de este plan, los antiguos propietarios recibirán indemnización de aquellos en cuyo beneficio se verificó el despojo".

Anulado el Plan de San Luis por la transacción de Ciudad Juárez, no se podía exigir de Madero, aristócrata por su nacimiento, civilizado y tan patriota criollo como patriota indio, no se le podía exigir, sobre todo después de su elección aclamatoria, otra cosa que una acción resuelta en esta fórmula: "Olvido del pasado, justicia para todos en el porvenir".

Bien diferente era el caso del usurpador en aquellos momentos. El Traidor no tenía compromisos. Si este hombre hubiera sido audáz, si hubiera tenido otro ideal que el mal y el crimen, las palabras de Hidalgo y de Morelos citadas en otro lugar de este libro, lo habrían iluminado haciéndole comprender como aquellos excelsos libertadores, que la verdadera causa de las convulsiones mexicanas no es otra que el desequilibrio de las clases agravado por el sistema que él mismo vino a adoptar, porque ni su experiencia ni su episódica inteligencia le permitieron otra cosa.

Opinión exterior.—México, como todas las naciones latino-americanas, es perfectamente desconocido en Europa. Con excepción de aquellos que tienen negocios con esta parte del continente —principalmente agentes-viajeros— bien pocos son los que se interesan por nosotros. Nuestros grandes criollos, con su insignificancia y su rastacuerismo, sí divierten el "humour" de los ingleses, y el fino sentido cómico de los parisienses inspirando a algunos novelistas y autores de operetas bufas-